

Hechos y Derechos: consideraciones en torno a los hombres y su desarrollo

París Alicea, D. (2000). P.R.: Ediciones Julissa.

Reseñado por María del C. García Padilla

El libro **Hechos y Derechos: consideraciones en torno a los hombres y su desarrollo**, del Dr. Dennis París Alicea, es un llamado a la reflexión y la acción, a la comprensión y a la solidaridad. Nos invita a examinar nuestras concepciones sobre los hombres y su situación, a repensar sus procesos de ayuda y a considerar maneras efectivas para contribuir con su desarrollo.

Por medio de la descripción de casos y la presentación de datos e impactantes estadísticas sobre la situación de los hombres en Puerto Rico (por ejemplo, el número de muertes por enfermedades, por suicidio y asesinato; el porcentaje de alcoholismo y drogadicción; la cantidad de hombres en las cárceles y en nuestras instituciones educativas), el autor nos lleva a comprender -e incluso a compartir- su dolorosa percepción de que «nuestra sociedad ha llegado a desvalorizar la vida de los hombres» (p. 51). Al advertirnos sobre el peligro de caer en explicaciones superficiales y estereotipadas, el libro invita no sólo a que investiguemos las causas de estos fenómenos, sino también a que analicemos las razones por las cuales no han sido estudiados a profundidad.

Uno de los planteamientos principales del libro es que «el problema de los varones en nuestro país... cuenta con la coparticipación de toda una sociedad, hombres y mujeres, junto a sus más importantes instituciones, en una gestión cultural que dificulta el desarrollo de los hombres de maneras muy particulares» (p. 59). La idea es que esta «conspiración de todos», que incluye tanto los programas de televisión y noticiarios como la prensa escrita, estimula visiones distorsionadas sobre los hombres y refuerza percepciones estereotipadas, como por ejemplo que son agresivos y violentos, poco afectivos o emotivos, que «no funcionan» o que «están en crisis».

Esta percepción negativa de la «masculinidad» afecta necesariamente la actitud que se adopta hacia los problemas que aquejan a los hombres. Afecta, en particular, las profesiones de ayuda como la consejería, la psicología, el trabajo social y la consejería en rehabilitación, que en Puerto Rico están dominadas por mujeres. Se presume, de hecho, según indica el autor, que porque las mujeres no poseen las «deficiencias» que tienen los hombres, son las indicadas para trabajar en estas profesiones.

Central en el libro es precisamente la idea de que las visiones que las profesionales de ayuda tienen, «como mujeres» sobre, por ejemplo, la «naturaleza humana», lo «bueno» y lo «malo», las relaciones entre las personas y la vida en general repercute considerablemente en los procesos de ayuda.

En vista de la cantidad ascendente de mujeres en estos campos, el libro es un llamado a que las profesionales de ayuda examinen cuidadosamente sus propias concepciones, incluyendo evidentemente sus presuposiciones sobre la población masculina que atenderán.

Este auto-examen se considera particularmente necesario, entre otras razones, por la estrecha vinculación que existe en Puerto Rico entre la psicología, la psicoterapia y los diversos discursos feministas. Se plantea que la influencia de algunos de estos discursos sobre las profesionales de ayuda ha dificultado su comprensión de la población masculina. Por ejemplo, según el llamado «feminismo de género», los hombres y las mujeres son iguales, o funcionan de manera similar emocional, psicológica, intelectual y socialmente. Influidas por esos discursos feministas, las profesionales de ayuda han tendido a minimizar, obviar o directamente rechazar la posibilidad de que existan diferencias -más allá de las obvias- entre hombres y mujeres. Todo esto ha producido una «feminización» de la profesión, y un énfasis en prácticas con las cuales la mayor parte de los hombres no se sienten cómodos. Por ejemplo, «una oficina con sillas y butacas...para conversar cara a cara sobre problemas personales y situaciones que, además de relacionarse con aspectos íntimos, muchas veces requieren diálogo sobre asuntos emocionales o afectivos» (p. 71).

El libro propone que la psicología feminista ha contribuido a desprestigiar la imagen de los hombres en nuestra sociedad y a crear hostilidad contra ellos, resaltando sus «deficiencias» y el «lado oscuro de la masculinidad». Este planteamiento, según el cual el lado femenino representa lo «positivo» y lo «bueno», ha contribuido a difundir la noción de que para ayudar a los hombres hay que feminizarlos. El autor señala que este esfuerzo por despertar el «lado femenino» de los hombres, ha terminado por enajenar, a la mayoría de ellos, de los procesos de ayuda.

Otra de las contenciones del libro es que las posturas que niegan las diferencias biológicas entre hombres y mujeres hacen caso omiso de las investigaciones realizadas en diversas disciplinas. Estas investigaciones apuntan hacia la existencia de diferencias biológicas -aparte de las obvias- entre los dos sexos. El autor insiste -creo que con razón- en la importancia de que se exploren esos hallazgos de maneras más objetivas. Propone un acercamiento a los procesos de ayuda a los hombres que reconozca la interacción entre lo biológico y lo cultural.

Aunque se presentan en el libro otras múltiples e interesantes ideas, quisiera ahora comentar brevemente algunas de las expuestas aquí.

Me llamó la atención que no se discuta en el libro cuáles son las diferencias entre hombres y mujeres que parecen quedar evidenciadas por las investigaciones realizadas. ¿En qué sentidos esa evidencia ayuda o puede ayudar a entender la situación de los hombres, su comportamiento, sus acciones, sus relaciones con otros hombres y con las mujeres? ¿Cuáles serían las implicaciones de esas investigaciones para el trabajo de las profesionales de

ayuda? ¿Cómo se concibe la interacción biología-cultura? ¿Qué tendría que tomarse en consideración en los procesos de ayuda a los hombres, a diferencia de aquellos de las mujeres? A lo largo del libro se utilizan conceptos como lo «femenino» y lo «masculino», la «naturaleza» del hombre, «la «naturaleza» de la mujer, la «esencia» masculina y las «funciones de género» sobre las cuales estoy segura que podríamos conversar y que conversaremos.

En relación con el movimiento feminista en particular, el propio autor resume su posición:

En resumen, el movimiento feminista ha calado hondo al adscribirle a la masculinidad características negativas y a las mujeres características positivas, que han trascendido las creencias populares y han sido adoptadas y utilizadas por profesionales de ayuda para trabajar con clientes (85).

Aunque me parece justificado y necesario insistir en que se eviten los estereotipos y los prejuicios en los procesos de ayuda a los hombres, me parece quizás exagerado responsabilizar al movimiento feminista por las visiones que pueda haber en nuestra sociedad y que puedan tener las profesionales de ayuda sobre la masculinidad y sobre las mujeres.

La percepción, frecuente en nuestra sociedad, de que la mujer es más afectiva, emotiva, sensible, comunicativa, cooperadora, solidaria que los hombres y de que los hombres son más agresivos, racionales, objetivos, individualistas que las mujeres ha convivido con nosotros durante siglos. Más aún, ya Aristóteles les adjudicaba a las mujeres algunas de esas características que se entienden como «positivas», pero no precisamente para ensalzar sus cualidades, sino para subrayar su inferioridad ante los hombres. El juicio aristotélico de que las mujeres son hombres imperfectos está con nosotros al menos desde el siglo IV Antes de Cristo. No es de extrañar que las mujeres, el movimiento feminista o las profesionales de ayuda asuman sobre ellas mismas -si es que lo asumen- las cualidades que a lo largo de la historia humana les han adjudicado y que han servido, además, para justificar el poder intelectual, legal, político y económico de los hombres sobre las mujeres.

Habría que considerar también en este análisis que la presencia de las mujeres en las profesiones de ayuda se vincula a los procesos de profesionalización de la mujer en nuestra sociedad. Su profesionalización ha estado enraizada en las tareas que antes realizaba en el hogar y conectada a las cualidades que históricamente se han entendido como propias de ella y como necesarias para funcionar en el mundo de lo privado. Se trata justamente de esas cualidades que por siglos se han utilizado para mantener a las mujeres en el ámbito del hogar o lo más cerca posible de él, es decir, en profesiones como el magisterio, la enfermería u otras como la consejería, la psicología y el trabajo social.

Hay que tomar en cuenta, además, que las cualidades que se han vinculado tradicionalmente con las mujeres y que se han considerado como «positivas» son y han sido susceptibles de interpretarse y reinterpretarse, de

acuerdo con la situación particular. Así, lo llamado «positivo», en determinadas circunstancias se relee como «negativo», es decir la sensibilidad como debilidad, la emotividad como irracionalidad, la cooperación como dependencia. Por otro lado, el supuesto «lado oscuro» de la masculinidad tiene y ha tenido también, según las circunstancias, su lectura «positiva». A fin de cuentas, cualidades que se adscriben tradicionalmente a los hombres tales como la agresividad, la objetividad, la racionalidad, la individualidad, la capacidad para enfocarse en una sola tarea son cualidades que permiten -y que de hecho les han permitido a muchos hombres- el acceso a las esferas del poder político y económico en nuestra sociedad.

Pienso que la liberación, la humanización, y -¿por qué no?- el «desarrollo» de los hombres y de las mujeres no puede producirse aisladamente. La historia de ambos es la de los seres humanos, y ha sido, con sus dimensiones positivas y negativas, una historia marcada por el intento de unos y otros de adquirir y preservar el poder. La comparación entre las diversas situaciones de los hombres y las diversas situaciones de las mujeres cobra en mi opinión su mayor sentido al tomar en cuenta esa historia, así como las complejidades económicas, políticas y psicológicas características de la relación entre opresores y oprimidos.

A lo largo de todo el libro, se subraya una idea que me parece fundamental: nadie puede promover bienestar y desarrollo a partir de visiones prejuiciadas y estereotipadas. El libro invita a las profesionales de ayuda a que adopten, en su práctica con los hombres, una perspectiva de desarrollo que realce sus capacidades y potencialidades, en lugar de un enfoque de déficit. Para ello, dice el autor, la «destreza de conectar» es esencial. Las siguientes palabras del Dr. París revelan quizás lo esencial de un llamado que, creo, él nos hace a todos:

Conectar aquí se define como la capacidad de unirse...con otra persona...De tal manera que se pueda tener algún tipo de influencia sobre ella para trabajar y ayudarla. Presupone cierto nivel de entendimiento de la realidad del otro, así como la empatía necesaria para aceptarlo...El otro con quien conectamos debe percibir que engranamos en su realidad de vida y que nuestra intención y propósitos son honestamente a favor suyo. Se requiere un genuino aprecio, amor si se le quiere llamar así...(p. 125)